

Letras

ANTOINE DE SAINT-EXUPÉRY,

Hombre a la expectativa

Antoine de Saint-Exupéry nace en la cifra exacta de mil novecientos. El siglo que él abre es en sus palabras, "el siglo de la publicidad, del sistema Bèdeau, de los regímenes totalitarios, de los ejércitos sin clarines ni banderas, ni misas por los muertos", (1). Y añadía con frase feroz: "odio mi época con todas mis fuerzas. El hombre muere de sed", (2). El odio hacia el presente y una sed ininterrumpida serán lo que definan sus valores y sus defectos.

Muere Antoine de Saint-Exupéry a los cuarenta y cuatro años y un mes. Son esos treinta días de demasía el tiempo simbólico de toda condena. "Odio mi época con todas mis fuerzas"... y vivió como a duras penas esos años tensos.

Tenía una impresionante altura de 1,84 metros. Unas espaldas anchas cerraban su andar decidido. A los doce años un bautismo de aire le va a confiar su futura empresa. Era en Amberieu y el paseo se lo daba el piloto Vendrines. Era un acto inocente, pero hoy sabemos la importancia que tuvo.

Por eso no hay más remedio que consignarlo. A la vez que aparecen la necesidad de sensación física, su capacidad interior se va madurando, en el colegio de Mont-Saint-Bartélemy. Allí asiste desde los cinco a los nueve años. En esa edad con los jesuitas en el colegio de Notre Dame de Sainte Croix, en Mans y de allí, los dos primeros años de la guerra europea, con los maristas en Friburgo de Suiza. De esta última época sabemos algo, una crisis espiritual y la aparición de su deseo de encontrar la verdad. "Todas las personas mayores han sido niños (pero, pocos de ellos se acuerdan)", (4). Si no tenemos recuerdos concretos, de su niñez, nos dejó en todos sus libros la admiración por la visión ingenua —y tremendamente verdadera— que un día todos tuvimos.

(1) SAINT-EXUPÉRY Antoine, *Lettre au General X...*; Figaro littéraire, 1º de Abril de 1948 (se citará por *Lettre*).

(2) id.

(4) SAINT EXUPÉRY, *Le Petit Prince*, Gallimard 1945, pág. 21. (Se cita por *Petit*).

(5) SAINT-EXUPÉRY, *Courrier-Sud*, Gallimard 1945, pág. 21. (Se cita por *Courrier*).

La vida de Antoine se reparte entre el pensamiento y la acción. La aviación y la literatura en su caso concreto. En Enero del año veintitrés tiene su primer accidente de aviación. Una fractura del cráneo. Por entonces en la revista *Le Navire d'Argent* publica un cuento: *L'Aviateur*. Fue el piloto que inició las grandes rutas comerciales. El año 1927 le ve con el casco calado experimentando el camino Tolouse-Casa Blanca-Dakar. Rutas a través del desierto. Un mando de escuadrilla en Cabo Juby y un libro escrito entre el trepidar monótono de un campo de aviación. El libro se llama *Courrier-Sud*. Hay un trasfondo de experiencia concreta en aquellas páginas que tantas cosas nuevas traían a la literatura francesa:

"cada día, para el obrero que comienza a edificar el mundo, el mundo comienza", (5).

En 1929 trabaja en abrir una línea aero-postal en Argentina. Se trata de iniciar unos vuelos nocturnos, que después se describen en *Vol de Nuit*. Era un libro maravilloso que se publicaba en 1931. En el comandante Fabien "lleno de hambre de Luz", (6) parece que Antoine de Saint-Exupéry ha querido re-tratar su hambre propia de claridad.

Así continúa su vida en un balance continuo de experiencia y reflexión. *Paris-Soir* le envía en 1934 como corresponsal en Moscu. En 1939 *L'Intransigeant* a España para hacer un reportaje sobre la revolución española. Antoine pertenece al alto periodismo. Sus crónicas están llenas de observaciones más que datos desnudos. Para ser buen periodista le sobraba reflexión.

En 1938, en el filo de la guerra europea, siete fracturas de cráneo, volando sobre Guatemala. En la convalescencia escribe *Terre des Hommes* que publica en Abril de 1939. El accidente le enseña que:

"la tierra nos da más enseñanza que todos los libros, porque se nos resiste" (7).

De cada dureza de su vivir Saint-Exupéry sabe sacar una enseñanza.

La movilización de Agosto de 1939 le confine al grupo 2/33 de reconocimiento de largo alcance. "Saint-Exupéry era un piloto muy hábil", (8). "Pertenezco al grupo 2/33" dirá con orgullo en *Pilote de Guerre*, (9).

En 1940 lo desmovilizan. "En otoño de 1940 de vuelta de Africa del Norte donde el grupo 2/33 había emigrado. Mi coche estaba exangüe en un garaje polvoriento. Entonces descubrí la calesa y el caballo. A través de ella la hierba de los caminos, los corderos y los olivos. Estos olivos tenían otro papel que el de golpear más allá de la medida los cristales a ciento treinta kilómetros por

(6) SAINT-EXUPÉRY, *Vol de Nuit*, Gallimard 1931, pág. 25. (Se cita por *Vol*).

(7) SAINT-EXUPÉRY, *Terre des Hommes*, Gallimard 1946, pág. 9. (Se cita por *Terre*).

(8) UELISSIER Georges, *Les Cinq Visages de Saint-Exupéry*, Flammarion 1951 pág. 39.

(9) SAINT-EXUPÉRY, *Pilote de Guerre*, Gallimard 1947, pág. 190. (Se cita por *Pilote*).

hora. Se mostraban en su verdadero ritmo, que es el del lento fabricar las aceitunas (...) Me sentí revivir en este rincón del mundo donde hasta el polvo está perfumado (soy injusto, el polvo lo está ántato en Grecia como en Florencia) y me pareció que durante toda mi vida había sido un imbécil", (10).

Vía Portugal, en Noviembre de 1940 se marcha a Estados Unidos. No tiene nada que ver con el gobierno pro-alemán de Petain, pero es decididamente anti degaullista. Publica en 1942 *Pilote de Guerre*. El gobierno de Vichy a petición de las autoridades alemanas de ocupación prohíbe el libro. En 1943 publica *Le Petit Prince*, el libro más delicioso que ha producido el humanismo francés. Sale para Africa. De Casablanca marcha a Nápoles como voluntario. De nuevo en servicio activo. El aprendizaje de los aviones Lightning lo hace entre apuntes rápidos que irán formando el material inacabado de *Citadelle*. Era una obra comenzada en el descanso de Estados Unidos y Canadá. De nuevo al combate y Antoine sostiene lo que escribió en *Pilote de Guerre*:

"Yo combatiré por el hombre contra sus enemigos. Pero también contra mí mismo", (11).

Nadie ha sabido hacer una lucha exterior tan llena de intensidad:

"Me había nutrido para vivir. Había vivido para conquistar, y había conquistado para retornar a meditar y sentir mi corazón más vasto en el reposo de mi silencio", (12).

No es que la acción exterior le haga pensar, es que la acción viene proyectada desde su pensamiento.

Está en terreno italiano. Es comandante y tiene una misión dura. Entonces escribe una *Carta al General X*:

"...Vengo de hacer —dice en la carta— algunos vuelos sobre un P.38. Es una hermosa máquina. Habría sido feliz de haber podido disponer de este regalo a mis veinte años. Ahora me doy cuenta con melancolía que hoy a los cuarenta y tres años, después de seis mil quinientas horas de vuelo sobre todos los cielos del mundo, no puedo encontrar placer en esto. No es más que un instrumento de desplazamiento —aquí de guerra", (13).

Podría haber añadido lo que Bernis dice en *Courrier-Sud*:

"He amado una vida que no comprendí muy bien, una vida no siempre fiel. No sé aún con claridad de qué tenía necesidad: era como un hambre ligera, (14).

La *Carta al General X* la escribe en

(10) Lettre.

(11) *Pilote*, pág. 242.

(12) SAINT-EXUPÉRY, *Citadelle*, Gallimard 1948, XXI. (Se cita por Cit. y la numeración romana de los párrafos).

(13) Lettre.

(14) *Courrier*, pág. 112.

(15) Lettre.

(16) Cit., XIX.

la barraca donde se duerme:

"Mientras os escribo dos camaradas se han dormido delante de mí en el cuarto... estos dos camaradas, cada uno en su género son maravillosos. Justos, nobles, fieles. No sé porqué siento al verlos dormir una suerte de impotente piedad. Porque si ellos ignoran su propia inquietud yo la siento bien. Justos, nobles, sanos, fieles, sí, pero también terriblemente pobres", (15).

Antoine se siente sólo y distanciado. Solo en su época y distanciado del mundo en que vive. Está lejano del materialismo que trae toda guerra:

"Es urgente que el hombre coma, porque si no se nutre no es hombre y no se plantea ningún problema. Pero el amor y el sentido de la vida y el gusto de Dios son más importantes. Y no me interesa una especie que engorda", (16).

Con esta triste soledad unos meses más tarde, a la vuelta de un reconocimiento desaparece. Un 31 de Julio, el año era el de 1944.

"Si caigo en la guerra no me importa (...) pero si quedo vivo de este juego necesario e ingrato, no habrá para mí más problema que este: ¿qué se puede, qué hace falta decir a los hombres?", (17).

Como mensaje póstumo se publica cuatro años después de su muerte, *Citadella* su obra más ambiciosa y extraña.

El único peligro que corre Antoine de Saint-Exupéry es que siempre se le mire con recelo. Los amantes de la literatura podrán creer que no era más que un aviador que en ratos de ocio escribía alguna que otra cosa. Uno de esos que José María Castellet llamaría "escritor irresponsable", (18). Los aviadores y en general los hombres de acción sonreirán de su eficiencia guerrera, para no ver en él más que un literato, con el tono despectivo que se le suele dar a esa palabra.

En Antoine hay que yuxtaponer los dos planos. Piloto que ensaya líneas y realiza combates, y a la vez gran escritor, que ya, y cada día más, se colocará entre los clásicos. Es decir entre aquellos que realizarán un magisterio continuo por su perfección armónica. Premio *Femina* por *Vol de Nuit*. Gran Premio de Novela de la *Academia Francesa* por *Terre des Hommes*. Esta yuxtaposición de ocupaciones explica el núcleo mismo de su creación literaria.

La popularidad de Hemingway ha puesto ante los ojos del que se interesa por la literatura las obras de impresión directa. La realidad, en una literatura de esta clase se impone al escritor, que

(17) Lettre.

(18) CASTELLET, José María, *Notas sobre Literatura Española Contemporánea*, Barcelona 1955, pág. 35. Me alegro al poder citar uno de los pocos libros de crítica literaria española actual, que se mueven en el campo de una honradez crítica ya casi desconocida.

sólo tiene que entregarla con el juego verbal más exacto para que sea la realidad misma la que el escritor vuelva a crear con la palabra. En Hemingway es evidente que en toda su creación novelística hay un fondo de sensaciones vividas. Los tres grandes temas y casi únicos de una literatura de esta clase son el riesgo, el amor y la muerte. El escritor se acerca a lo instintivo y por tanto a lo más primario.

En Saint-Exupéry también se realiza una impresión directa. Todas sus novelas se construyen sobre el recuerdo de una gesta propia o amiga. También sus temas son el riesgo, el amor y la muerte. Pero la fórmula de su estilo —estilo no es adorno sino organización— es distinto. La realidad para Hemingway es algo animal que da su zarpazo al hombre que la sufre. En *Adiós a las Armas* dice:

“El mundo quebranta a todos, aunque muchos se hagan fuertes en este mismo quebranto. Pero a los que no se quieren quebrar los mata. Mata a los muy buenos y a los muy mansos y a los muy valientes, sin distinción”, (19).

En Antoine de Saint-Exupéry la lección es diversa:

“La tierra nos enseña más que ningún libro, porque se nos resiste”, (20).

El hombre se enriquece con su dureza y al soportarla no es la realidad misma lo que afirma, como cualquier héroe de Hemingway, sino su propia persona. En *Terre des Hommes* el protagonista, no señala el paso difícil por los Andes sino que

“ la verdad es el hombre que nacía en él cuando pasaba los Andes”, (21).

No es por tanto el hecho mismo lo que le interesa, ni la proyección del hecho en el individuo, sino el enriquecimiento de la persona a través de la dureza de los hechos.

Los héroes de Hemingway no pueden experimentar melancolía. A lo más tienen recuerdos, pero en el sentido de reviviscencia de imágenes. Recordemos las *Nieves del Kilimanjaro*. En Saint-Exupéry la melancolía es el gran don y el gran pecado:

“Tú sabes... cuando se está triste se aman las puestas de sol”, (22).

En Hemingway el hombre se ve reducido al límite animal de su sensación. Fuera de *El viejo y el Mar* los hombres de sus novelas y cuentos se emborriachan, hacen el amor y odian sin más sentido que el obedecer a un estímulo. En *Terre des Hommes* Guillaumet en un accidente en los Andes lucha contra el frío, el hambre y el sueño. Al escritor le confesará después:

“esto que he hecho, lo juro, jamás ani-

mal alguno lo habría hecho”, (23).

Creo que estas palabras jamás se encontraría en obra algunas de Hemingway. He querido establecer en líneas paralelas, como fórmulas distintas de dos literaturas de impresión directa. De cada experiencia de riesgo Antoine nos dejó una reflexión. Para Antoine de Saint-Exupéry el avión es un medio de donde va a deducir todo un sistema de convivencia.

En primer término hay que colocar *Courrier-Sud, Vol de Nuit y Terre des Hommes*. Tres gestas: la de Jacques Bernis, que transporta el correo en el avión por encima de su amor y su necesidad afectiva del instante. La de Fabien que atraviesa la noche con su aparato y muere. A su lado Riviere que encarna la autoridad. El hombre que no puede abandonarse ni a una confianza para guardar la serenidad necesaria del mando. Guillaumet que cae con su aparato en una cima de los Andes y se obliga a descender para que encuentren su cadáver y su mujer pueda cobrar el seguro de vida. Las tres gestas se definen por el deber que cada hombre se impone. Los tres sólo viven para los demás y en la aceptación de este nosotros es como toda la gesta se concibe. Ya tendremos ocasión de insistir en este aspecto de la obra de Saint-Exupéry.

Pilote de Guerre y Le Petit Prince marcan el paso a una mayor reflexión, *Citadelle*, por último, como una meditación apasionada, un poema en voz alta donde el hombre busca el acento del mensaje que ha de confiar a los hombres. Algo de profético invade el libro previendo quizás su destino de obra póstuma. Una voz potente que se quiebra antes de acabarse. *Citadelle* nos llega en los apuntes de Antoine, sin el retoque definitivo a que sometía sus obras.

Paul Reverdy decía: “que el poeta vaya a las barricadas, está bien —mejor todavía que bien— pero no puede ir a la barricada y cantar la barricada al mismo tiempo”, (24). Esto lo realiza Antoine. Volvemos con él al tipo de guerrero sabio, al manejo de las armas y las letras. Pero en el caso de este escritor las letras dan sentido a las armas, y las armas descubren el mundo que el escritor ha de expresar. Esto es lo que Gide decía que faltaba a la literatura francesa de su tiempo: el heroísmo, (25).

Antoine realizaba el deseo del hombre que —tiene otros valores— fue incapaz de realizar el mínimo gesto heroico.

Hoy a un escritor lo primero que le preguntamos es por su sentido sobre la vida. Una obra literaria no es un haz de metáforas armoniosas, sino una visión de la realidad. Camus dice en el *Mite de Sisiphe*:

“El único problema verdaderamente

(19) HEMINGWAY Ernest, *A Farewell to Arms*, cap. XXXIV, New-York, 1929.

(20) Terre, pág. 9.

(21) Terre, pág. 204.

(22) Petit, pág. 27.

(23) Terre, pág. 46.

(24) REVERDY Pierre, *Circonstances de la Poesie*, L'Arche 1946.

(25) GIDE, André *Journal*, 1889-1939, Gallimard, 1939, 31 de marzo de 1931, pág. 1.042.

importante, es el suicidio. Ver si la vida merece o no la pena de ser vida", (26).

Antoine a la pregunta sobre cual es el único problema importante responde en Carta al General X:

"No hay más que un problema verdaderamente importante, uno sólo: redescubrir que hay una vida del espíritu más alta todavía que la de la inteligencia, la sola que satisface al hombre", (27).

Son dos formulaciones idénticas de una misma verdad en bocas bien distintas. Darle a la vida una significación espiritual es comprender que merece la pena vivirla. Pero es significativo el sesgo de cada forma de interrogar. Camus pregunta siempre de cara a una extrañeza. Es natural que así sea puesto que ha escrito:

"Sabemos que estamos en contradicción, pero que debemos rehusar la contradicción y hacer lo que sea por reducirla", (28).

De cara a deshacer la contradicción es como la pregunta de Camus se formula. Antoine lo hace cara a una misión. Es necesario hacer comprender esto a los hombres porque, añade en el mismo lugar:

"El problema fundamental de nuestro tiempo es este: el del sentido del hombre", (29).

Y un poco antes:

"¿Para qué nos servirá ganar la guerra si nos quedarán después cien años de epilepsia revolucionaria", (30).

Por lo tanto Antoine se pregunta, sin saber a punto fijo la respuesta "qué es lo que se puede; qué hay que decirle a los hombres", (31).

Vemos que a un mismo problema se le dan idénticas respuestas desde ángulos bien diversos. Pero no es en esto sólo donde toman un matiz diferente. Camus sólo pretende saber qué es esto para mí. Cuál es el sentido de la vida para aplicarlo a mi vida. La modulación de Antoine toma siempre un matiz plural: qué es esto para nosotros. El primer dogma del pensamiento de Antoine es que el hombre no vive solo.

En esta búsqueda de las raíces de Antoine de Saint-Exupéry es necesario recurrir sobre todo a *Citadelle*. Es una obra inacabada, pero la más ambiciosa. Ella puede darnos el sentido de acciones narradas en novelas anteriores y que vistas desde ella adquieren toda su intención. Tampoco hay que olvidar *Le Petit Prince*. En forma de parábolas infantiles se nos enuncian los pensamientos más hondos del escritor. Tan hondos, pero tan familiares que es capaz de contárselos hasta a los niños.

Señalábamos antes el sesgo plural que

toman los problemas de Antoine de Saint-Exupéry. Es la dimensión humana más puesta en evidencia por el existencialismo. El hombre que es "Dasein", "Le pour-soi", es a la vez "Mitdasein", "tu", "comunicación". Se ha analizado en un proceso fenomenológico las relaciones del hombre con el mundo y sobre todo con los otros hombres. La consecuencia de este examen es para el existencialismo la soledad humana ante una radical imposibilidad de coincidencia.

Pero el problema es como un Jano de doble cara. El hombre siente el dolor de tener que ansiar un límite de compenetración al que no llega. Pero también puede alegrarse de lo que consigue. No llega a compenetrarse absolutamente con ningún hombre, —esa es su tragedia— pero llega a conocerlo —esto puede ser motivo de su alegría—. Ese "tú" de Marcel o el "ser-para-otro" de Sartre es en Antoine una necesidad que enriquece al hombre y a la vez una activa misión que al individuo se le confía.

El exhorta:

"Te pido vivir no de lo que recibes, sino de lo que das; porque sólo eso aumenta", (32).

Y esta es una necesidad que nace de la misma naturaleza humana. Vivir es siempre un intercambio:

"Yo doy a los hombres; pero recibo todo de los hombres"; (33).

Y es tan fuerte esta necesidad que ha podido decir:

"No tengo ya sentido si estoy solo. Que se apoyen sobre mí. Que me apoyen sobre el otro", (34).

Situado en este plano en que la compañía del hombre no es un dato más, sino una necesidad ontológica y enriquecedora se le confieren al individuo dos misiones importantes: conocer al hombre y fundar el mundo. Conocer al hombre es comprender en cada individuo el sentido de la colectividad. Fundar el mundo es descubrir el sentido del universo mismo de los hombres. Descubrir, en último término, el sentido de cada hombre en concreto. No hemos empleado las palabras al azar. Fundar y dar sentido es para Antoine de Saint-Exupéry la misión específicamente humana. Esta misión encuentra su primer obstáculo en el hombre mismo. Es una lucha a través de la apatencia por la conquista de la esencia:

"No debéis buscar al hombre en su superficie, sino en el séptimo piso de su alma y de su corazón, de su espíritu", (35).

Y esta esencia del hombre sólo se justifica y se mantiene en la acción misma. El primer atributo humano es la sed: "Hacer don de la cultura es donar

(26) CAMUS Albert, *Le Mythe de Sisyphe*, Gallimard 1942, pág. 15.

(27) Lettre.

(28) CAMUS Albert *L'Été*, Gallimard 1954, pág. 71.

(29) Lettre.

(30) id.

(31) id.

(32) *Citt.* LX.

(33) id. CXCVI.

(34) id. CLXXXIII.

(35) id. XXXII.

la sed", (36). Y el hombre vive en una perpetua búsqueda de la perfección. Hay páginas luminosas en *Citadelle* sobre la perfección. La perfección no es un estado, sino una tendencia. Por eso el hombre puede dirigirse a ella, pero no puede alcanzarla. Lo perfecto es lo acabado y por lo tanto lo muerto:

"mi obra está acabada cuando falta mi fervor. Entonces mueren porque ya están muertos. Pero la perfección no es un fin que se consigue. Es un trasmutarse en Dios, (37).

El fin último de esta tendencia es el encontrar la paz. Construir la paz es construir en cada uno una casa, (38). Es

"construir el establo lo suficientemente grande como para que el rebaño entero pueda dormir, (39).

Como hemos visto, buscando el hombre la perfección funda la convivencia. Es decir, comprende el sentido del hombre, que siempre tiene que ser el sentido del convivir con los demás hombres, puesto que la referencia a los demás es una necesidad en el hombre mismo.

Antes de analizar en qué consiste ese establo y esa casa que el hombre funda sería interesante darse cuenta de los modos de ser hombre que Antoine establece. Se podría hacer una búsqueda a través de sus novelas. Esta tipología se llamaría Bernis, Riviere, Guillaumet, etc. Pero él mismo se ha encargado en *Le Petit Prince* de darnos esta tipología reducida a líneas más generales.

El héroe de este cuento vivita unos planetas habitados cada uno por un solo hombre. En uno de ellos habla con el rey, en otro con el vanidoso. El tercero lo ocupa el bebedor. El cuarto es el despacho de un hombre de negocios. Es decir, el hombre se define por una ocupación que da sentido a su vida. Sólo a través de ella puede ser comprendido o rechazado. Lo verdaderamente importante no es que cada hombre llene su vida, sino la idea con que la vida está ocupada. El rey es el hombre que ordena. Con ironía finísima Antoine nos hace comprender que la única forma de que se le obedezca es que el rey ordene lo que moral o físicamente no tiene más remedio que ocurrir:

"Hay que exigirle a cada uno lo que pueda dar. Si ordenas —dice el rey— a tu pueblo echarse al mar, hará la revolución. Tengo derecho a exigir obediencia porque mis órdenes son razonables", (40).

Cuando el hombre se centra en una ridiculez, el hombre llena su vida, pero la llena ridículamente. Es el caso del vanidoso o del bebedor:

"—¿Por qué bebes? pregunta el pequeño príncipe.

—Para olvidar, responde el bebedor.

—Para olvidar ¿qué? (...)

—Para olvidar que me da vergüenza,

confesó el bebedor bajando la cabeza. —¿Vergüenza de qué? se adelantó el pequeño príncipe, que deseaba ayudarle.

—Vergüenza de beber (...)

Y el pequeño príncipe se fue perplejo, (41).

En el planeta donde vive el hombre de negocios ha dejado Antoine retratado un peligro frecuente para el hombre actual. Es fácil enumerar las cosas en el haber propio. Pero difícil poseerlas. El hombre de negocios cree que las cosas son suyas porque las anota en un papel; porque las cuenta:

"Cuando encuentras un diamante que no es de nadie es tuyo. Cuando encuentras una isla que no es de nadie, es tuya. Cuando tiene, el primero, una idea, es tuya. Y yo poseo las estrellas porque nadie antes que yo había soñado poseerlas", (42).

El hombre de negocios anota las estrellas en un papel y guarda ese papel en una caja fuerte. El pequeño príncipe no comprende como pueden ser suyas las cosas que nunca tuvo entre sus manos:

"El pequeño príncipe tenía sobre las cosas ideas muy diferentes que las personas mayores.

—Yo, dijo él, poseo una flor que riego todos los días. (...)

Porque soy útil a mi flor, por eso la poseo. Pero tú no eres útil a tus estrellas...", (43).

Esta idea es constante en Antoine.

El héroe de este cuento habita unos necesita; porque es útil a la comunidad en que se desenvuelve. Todos los héroes de sus novelas se definirán por esta constante. Cada uno encuentra su ser en la entrega. De aquí que la enumeración de los modos de ser hombre en Antoine de Saint-Exupéry, es una tipología basada en los modos de entregarse. Es decir, la tipología de este autor, no se basaría en los modos en que el hombre aparece o se "conforma", sino en los modos en que el hombre da su ser.

El hombre ha de fundar el mundo. Tiene necesidad imperiosa de descubrir el sentido de la comunidad:

"Pesa sobre mi corazón el peso del mundo como si gravitara sobre mí. (...) Pesa sobre mi corazón el peso de todos aquellos que no saben encontrar un hombro", (44).

El hombre no se alimenta de las cosas, sino del sentido de las cosas, porque sobre las cosas mismas es donde el avanzar del hombre realiza una estructura. "La danza nace a causa del sentido que cada cual da a sus pasos", (45). Es igual que la contemplación de un paisaje. El paisaje está hecho del esfuerzo de tener que ascender para contemplarlo todo en un panorama, (46).

(36) id. CXCIV

(37) id. XVI

(38) id. OLXXXVIII

(39) id. XVII

(40) *Petit*, pág. 40.

(41) id. pág. 45.

(42) id. pág. 48.

(43) id. pág. 49.

(44) *Citt*. XLVI

(45) id. LXX

(46) id. LXIII

Sólo comprendiendo este sentido definitivo de cada acción aislada es como la persona humana cobra toda su grandeza. Este sentido que el hombre construye no es una ordenación mecánica sino un principio unificador, que por ser principio —y no producto— puede tener diversidad de apariencias. Este lo ha dicho Antoine maravillosamente y no importa que la cita tenga que ser larga. Habla de que hay hombres

“que confundían el orden, que es potencia, con el arreglo de museos. Porque yo digo —prosigue— que el árbol es orden. Pero orden aquí es unidad que domina lo dispar. Porque esta rama soporta un nido y ésta otra no lo soporta. Porque ésta soporta su fruto y ésta otra no lo soporta. Porque ésta se levanta hacia el cielo y ésta otra se inclina hacia el suelo. Pero mis generales están sometidos a la imagen de las revistas militares y dicen que están en orden solamente los objetos que no difieren los unos de los otros. Así, si les dejara hacer, perfeccionarían los libros santos, que muestran un orden que es sabiduría de Dios, poniendo en orden los caracteres que el primer recién nacido vería mezclados. Así, las aes juntas, las bes juntas, las ces juntas... y de esta manera dispondrían de un libro bien ordenado. Un libro para generales”, (47).

La ciudad que él construye es la tarea común que se da a los hombres para unirse.

“Fuérzales (a los hombres) a construir juntos una torre, y los transformarás en hermanos”, (48).

El amor en este imperio no es más que “colaboración”, (49).

Toda esta exposición del mundo que Saint-Exupéry realiza, tiene algunas piedras de no buen seguro apoyo.

El hombre encierra en sí todo el universo, (50). El hombre nunca está sólo. El hombre da sentido a su vida uniéndose a los demás hombres. Pero, ¿cómo puede justificar que el hombre sacrifique su ser de hombre por el hombre mismo? El mundo es la ciudad que todos construyen, pero ¿de dónde nace la exigencia de esta construcción?

Planteado el problema en otros términos lo que tenemos que resolver es si el ideal del hombre es imanescente al hombre mismo. Responder a esta cuestión sería ver qué papel representa Dios en la obra de Antoine de Saint-Exupéry. Hablar de Dios será señalar ese nudo esencial que ata a los hombres, pero a la vez puede ser que ese Dios no sea en Antoine más que la objetivación del deseo de los hombres por unirse. Voy a intentar prescindir de lo que Dios significó en la persona de Antoine de Saint-Exupéry. Centro el problema en lo que significa Dios en su obra. Pasar de esto a su problema personal sería demasiado arriesgado y perderíamos to-

do el respeto que cualquier intimidad se merece. Es posible hablar de lo que es Dios para el jefe que va dictando las páginas apasionantes de *Citadelle*, pero no se puede hablar por lo que ellas nos dicen de lo que significó Dios para el mismo Antoine. Quizás algunas palabras de *Citadelle* nos hagan rastrear el mundo íntimo de Saint-Exupéry, pero siempre nos moveremos en la conjetura. El drama de lo que ocurrió en los instantes en que el aparato de Antoine caía derribado pertenece al secreto divino.

Romper la apariencia de las cosas para ir descubriendo la última esencia es descubrir un rostro —Rilke hubiera dicho un ángel—, algo vivo en esa mezcla informe de lo que a simple vista aparece.

Para Antoine en eso consiste educar al hombre, “enseñarle a leer rostros a través de las cosas”, (51). El rostro más distante —azul como todos los montes lejanos— es el rostro de Dios que el hombre también ha de ir leyendo. Es una lectura que se hace sobre la marcha. Dios es la perfección última y el hombre debe tender a ella:

“Odio a los sedentarios y llamo muertas a las ciudades acabadas”, (52); “y los que por haber conquistado se vuelven sedentarios, están ya muertos”, (53).

Que Dios sea el nombre de esta permanente tendencia lo dice expresamente el autor en *Citadelle*:

“La paz que medito se gana a través del sufrimiento. Acepto la crueldad de las noches blancas, pues estoy en marcha hacia Ti, que eres enunciado, olvido de preguntas y silencio. Soy árbol lento, pero soy árbol y gracias a Ti avengaré los surcos de la tierra”, (54).

¿Qué nombres tiene Dios en estas páginas? Dios es silencio, enunciado, ausencia, (55) significado del mundo, (56). Todas estas palabras definen a un Dios distante, lejano y cuya misión es unir a cada hombre con los demás hombres y no a todos los hombres a través de él. Dios a de ser el más fuerte lazo de cualquier unidad. Sólo llamando a Dios con el nombre familiar de padre, es como se hace posible llamar hermano a cualquier prójimo. Pero es claro que en Antoine, Dios no tiene exactamente este sentido. El hombre de Antoine necesita a los demás hombres porque aislado es impotente, pero no se ve claro que Dios sea algo distinto de esta exigencia entitativa. Un Dios que parece inmanente al hombre mismo:

“Porque Tú eres, señor, la común medida de uno y otro. Eres el nudo esencial de actos diversos”, (57).

No es posible precisar más sobre este Dios que corona el edificio que Saint-

(47) id. XXII

(48) id. IX

(49) id. VIII

(50) *Pilote* pág. 227 y *Citt.* XXIX.

(51) *Citt.* CXVIV

(52) id. XXII

(53) id. VIII

(54) id. CLXXIV

(55) id. LXXX

(56) id. CLXXIV

(57) id. CLVI

Exupéry construye en Citadelle. El tono fragmentario de sus páginas hacen todavía más inseguro cualquier intento de precisión.

Todavía es más difícil de precisar la creencia personal de Antoine. En Saint-Exupéry, como un tributo a su tiempo, hay un odio feroz a la lógica. Quizás nacía este odio como reacción contra un mundo que confundió lo verdadero con lo exacto. Para Antoine la lógica mata la vida", (58). Y todavía más explícitamente:

"si te determinas, no por un movimiento de tu espíritu o de tu corazón, sino por motivos enunciables y enteramente contenidos en el enunciado, entonces yo te reniego", (59).

En un apunte privado dice con la sinceridad de lo que no está destinado a la publicación:

"lo que será creado, lo que nacerá, será lógico, y no: lo lógico nacerá", (60).

Otra idea también constante en él es que toda idea grande debe absorber a los hombres y éste moverse respecto de ella de una forma pasiva. Es lo que él piensa de la exigencia de una religión:

"La religión debe absorber a los hombres, no los hombres sometersele", (61).

Con estos apuntes podemos ver claro que Dios en sus escritos es más un deseo del corazón que algo definido y encuadrado en una religión determinada. Dentro del pensamiento de Antoine para dar una obligación hay que construir antes la necesidad de esa obligación, (62) y él nunca ha sentido esa necesidad o no se ha puesto en camino para llegar a sentirla. Antoine de Saint-Exupéry vive como un hombre aislado en su mundo. Esto mismo le hace ansiar más la verdad. Decía en Citadelle:

"Te enviaré a morir de sed en los desiertos a fin de que las fuentes puedan encantarte", (63)

y estas palabras pueden con toda exactitud aplicarse a su espíritu. Fué un hombre lanzado a la caza de la verdad. La búsqueda de la verdad, por la grandeza de encontrarla, ya es apasionante. Este es también la primera tentación al salir tras ella: quedarse en la aventura del camino y olvidar la llegada. Lessing, con la suficiencia de su siglo

decía unas palabras monstruosas: "si Dios tuviera encerrada en su mano derecha la verdad entera y en su mano izquierda la aspiración eterna hacia la verdad y me dijera: ¡elige!, yo elegiría humildemente la mano izquierda". Hoy es posible que todavía dure en muchos esta estimación. Valoramos la inquietud como un valor —y hacemos bien— pero la valoramos por la inquietud misma— y juzgamos equivocadamente. La inquietud es buena para no detenerse en el camino. Para no contentarse con el presente. Pero si la meta no se alcanza de nada sirve el correr. No se trata de que el triunfo sea el que valore nuestras acciones. Es que en el campo de la verdad el que no la alcanza tendrá que medir diligentemente su culpa. A la caza de la verdad nos hemos de lanzar acuciados por la sed, pero no podemos emborracharnos con la emoción de perseguirla, sino con la gloria de poseerla.

Dada la imprecisión con que la muerte dejó su pensamiento la última palabra de juicio no está en nuestros labios. En *Le Petit Prince* tiene una bella parábola. Es el cuento del que vende una cosa para quitar la sed. Se chupa aquello y en una semana no hay que beber.

"—¿Para qué vendes eso?, dijo el pequeño príncipe.

—Es una gran economía de tiempo. Dijo el vendedor. Los peritos han hecho cálculos. Se ganan cincuenta y tres minutos por semana.

—¿Y qué se hace con esos cincuenta y tres minutos?

—Se hace lo que se quiere...

Yo, se decía el pequeño príncipe, si tuviera cincuenta y tres minutos me iría dulcemente hacia la fuente...", (64).

Ese momento de tiempo que el hombre emplearía en beber Antoine no lo tuvo. La agitación de una guerra sin sentido. Después la muerte violenta en el combate. "Toda obra es una marcha hacia Dios, que no puede acabarse sino con la muerte", (65). Sabemos con imprecisión el momento de su muerte. Parece ser que un Focke-Wulf 190 derribó su Lightning sin que podamos situar el lugar preciso en que cayó su cuerpo. Cual fue el sentido de su llegada a Dios. El lugar preciso en que se desplomó su espíritu es algo que el hombre nunca sabe. Que le gustaría saber y que es posible que hasta lo presienta, pero de lo que no puede, si es posible tener seguridad. Pertenece al silencio de Dios, que es algo tan impresionante como su mismo hablar.

F. DELGADO. S. J.

(58) id. XXII

(59) id. LXXXI

(60) SAINT-EXUPÉRY, *Carnets*, Gallimard, 1953, pág. 135.

(61) Cit. CLX

(62) id. CXCIV

(63) id. LXXXI

(64) *Petit* pág. 76.

(65) Cit. XXV.